

EL MAR EN CONSERVA



CUANDO éramos chicos, el verano constituía, casi con exclusividad, nuestro plan de desarrollo. Unos médicos progresistas habían descubierto las virtudes terapéuticas del mar y la nuestra fue la primera generación que pudo

gozar directamente de ese beneficio. Sin embargo, el nuestro fue, todavía y durante algunos años, un mar acotado, en prudente reserva de sus libertades e impulsos. Algo habíamos progresado con la autorización de establecer un contacto directo con las aguas libres del mar; pero únicamente se nos ponía en cuadrículas la porción de Mediterráneo que podíamos utilizar. Cada familia tenía sus propias aguas jurisdiccionales. En los establecimientos públicos de baños, en la playa de la Barceloneta, unas cuadrículas de arpillera marcaban la dimensión del mar que nos correspondía de acuerdo con la duración del abono. Esas parcelas no eran mucho mayores que las de una alcoba de proporciones regulares. En el rompiente del oleaje, esa habitación líquida y enigmática producía en el ánimo una sensación de aventura y de intrepidez. Unos postes de madera y un andamiaje en lo alto aseguraban la suspensión de unas cuerdas a las que era preciso agarrarse para flotar. El balanceo era, a veces, demasiado brusco. En los días de marejadilla, la pequeña dimensión del local y su ingravidez misteriosa producían inquietud. No se podía advertir con tiempo la llegada de cada ola y la cuestión de la supervivencia, que pendía por nuestras manos infantiles de la cuerda que nos había sido asignada, mantenía —en todos los sentidos— un tensión prolongada.

Uno de los elementos importantes de este "boudoir" flotante era la figura del bañero. Ese ser, de calzones largos empapados de agua y camiseta a rayas, como el Marius de Pagnol, se situaba en la entrepierna un par de calabazas monumentales con las que se mantenía a flote, y en el sumario espacio del apartamento acuático, intentaba darnos unas lecciones de natación en las que se mezclaban la cuerda, los forrillos de la arpillera y algún objeto flotante y residual de los que las aguas de la Barceloneta abundaban, próximas a los desagües de Barcelona.

Por fortuna, el calendario del baño estaba tasado rigurosamente. No sólo estaba tasado en sus jornadas, puesto que los médicos prohibían que se tomaran por anualidad más de siete baños —a lo sumo, nueve, para los tritones de la época y siempre en número impar—, sino tasado también en su duración por cada zambullida. Cinco minutos exactos de reloj, con un simple remojón suplementario antes de la retirada definitiva. La parcelación del espacio marítimo por familias era complementaria de otra serie de parcelaciones subalternas. Había baños para hombres y baños para mujeres. Los espacios estaban cerrados a cal y canto. Y cuando algún fisgón, entre los intersticios apenas milimétricos de dos tablonces, intentaba echar una ojeada a la fruta prohibida que se solazaba al otro lado en pudibundas poses frente al sol, era conducido codo con codo como un corruptor por una pareja de guardias con bigote, esclavina y salakof, para que explicara en la Comisaría lo que había visto.

No obstante, como decimos, las fórmulas de introducción al verano que nosotros inaugurábamos, constituían un relajamiento muy notable respecto a las inmediatamente anteriores. Desde que aquellos médicos revolucionarios levantaron la veda del mar hasta que nosotros, bien que parcelados y cuadrículados, pudimos gozarla, habían pasado un par de lustros o tres en que el mar se servía fuera del mar, con el escrúpulo de no desnudar el cuerpo fuera de los lugares preparados por los arquitectos para ello. Al borde de la playa fueron levantados unos edificios de arquitectura ora pompeyana, ora morisca, destinados a los baños llamados "de pila". Estos establecimientos eran una réplica y una imitación en el litoral de los balnearios de alta montaña para las aguas medicinales. Cuando un médico de principios de siglo recetaba a un paciente baños de mar, se sobrentendía que el mar debía ser preciosamente canalizado por las tuberías hasta encontrar la domesticidad del grifo y la bañera. La salinidad del mar cobraba un registro a óxido y a plomo y la espuma de su oleaje, fuera de rumor, modulaba gargarizaciones de acequia subterránea entre los tabiques y encofrados. Si-

guió a ello una etapa intermedia, cierto servicio a domicilio que fue todavía, durante mi niñez, uno de los espectáculos urbanos más pintorescos que recuerdo. Por las calles pasaban unos carritos, tirados por pacientes y vivaces asnos grises a cuyos lomos iba un individuo vestido de marinero voceando la mercancía que llevaba: una bañera medianamente portátil y un gran tonel con agua de mar. Era el mar en conserva. Cualquiera y en cualquier época podía tomarse sin salir de casa un baño salino y marítimo, de una indudable salubridad.

Parcelado, domesticado, timorato, el mar fue durante muchos siglos, en la civilización urbana que nos había criado, un invento del diablo, al que liberó de pronto un conjunto de doctores arriesgados. Para descorchar el mar o para derribarle los muros de arpillera fueron necesarios algunos años y una parábola mental de curvas muy agudas y arriesgadas. Pocos años después, el mar quedaba abierto y el horizonte podía ser contemplado en toda su anchura. El descubrimiento total del mar y el goce de sus orillas han sido uno de los caracteres de nuestra época. Y a ello se debe probablemente —en ese magnífico uso de la naturaleza— la naturalidad actual.

bienvenido el verano Los médicos que se aventuraron a cedernos el mar y sus playas no podían prever, evidentemente, las muchas consecuencias de su decisión. Los inconvenientes y controles que imponían, con timidez, en aquel tiempo, iban a ser barridos pronto por la multitud que se lanzaría a las playas los domingos. Con sus normas, pretendían moderar al sol, racionar el don que abrimos. Pero sus precauciones resultarían inútiles y sus temores pronto se convertirían en una antigualla.

¡Hay que ver la cara de compunción que ponen todas las mañanas de tiempo gris los alegres turistas! A la hora de darle al huevo pasado por agua unos pequeños toques con la cucharilla, que es hora sacrosanta para el turista europeo, hay tal acento de ansiedad en los ojos acuosos y grises de estos huéspedes, que uno se siente tentado de rebajarles una porción de sus derechos de peaje. Los extranjeros que están ya en nuestras playas han venido aquí con el exclusivo objeto de remojarse durante las tres cuartas partes de la jornada, sin más interrupción que la de la hora del almuerzo, que realizan frugalmente para no comprometer su zambullida vespéral. Un solo día de sol ardiente basta para poner al rojo vivo espaldas y cogotes de esos intrépidos neptunos, y a más de uno hemos visto despellear por sí mismo de la salida a la puesta de sol. No les importa mudar la piel como mudan ciertos pájaros la pluma, a costa de escozores heroicos, para que la piel de repuesto les surja al cabo tan blanca como la de la edición original. Viven en pantésta maduración, como los frutos silvestres, convencidos de que el endiablado sol que les quema es vitamina y es salud, lo que ponían en cuarentena los doctores decimonónicos; y ello aunque la insolación les deje un dolor de cabeza para toda la vida. En plena transmutación epidérmica —cuando más vivos son los dolores del hombro y del pescuezo, hechos ya pura llaga—, para acabar de acomodar el cuerpo a las contingencias de nuestro clima, muchos de ellos se echan entre pecho y espalda, en tascas folklóricas llenas de redondos toneles —objetos éstos que son auténticamente venerados por nuestros visitantes—, tal cantidad de vino blanco que entre una y otra quemadura, la interior y la exterior, ciertos personajes acababan pareciendo el negativo de sí mismos. Hasta el albino pelo se les vuelve marrón.

¡Cómo ha pasado el tiempo, desde aquellas jornadas que había que puntear con contabilidad estricta para que no pasaran de nueve, hasta la estruendosa y explosiva libertad actual del mar! De lo cual se deduce que, aunque ya existiera oficialmente, el verano es un reciente invento.

Nadie podría, en realidad, patentarlo; no ha necesitado de ingenieros diplomados, ni de técnicos especialistas; pero ahí está, como el telstar y la televisión o los cohetes y misiles. Ahí está el verano recién estrenado, producto de nuestro tiempo, del que no hubieran podido siquiera sospechar las gracias nuestros antecesores, esos caballeros que a lo sumo se aproximaban al mar con canotier en las mañanas soleadas, y allí se sentaban teniendo cerca de la mano un termo con un poco de té tibio o de café. Cuando sobre la arena de la playa contemplamos, esbeltas como antílopes sorprendidos, esas muchachas doradas de silueta apenas trucada por el breve bañador, pensamos que ya sería hora de que se le concediera el premio Nobel de la paz al que inventó el verano.